

PÁRAMO HERIDO

Fabio Neri

Páramo herido

COLECCIÓN
TERRITORIOS

© Fabio Neri, 2025

© Diseño de la colección: Rosa Lladó - Salon de Thé

Fotografía de cubierta: © Dan Sadgrove. Licencia de uso otorgada a Ned Ediciones

Derechos reservados para todas las ediciones en castellano

© Ned ediciones, 2025

Primera edición: octubre, 2025

Preimpresión: Moelmo SCP

www.moelmo.com

ISBN: 978-84-19407-79-5

Depósito Legal: B 14136-2025



PROYECTO FINANCIADO
POR EL FONDO DEL
LIBRO Y LA LECTURA

Impreso en Sagrafic

Printed in Spain

La reproducción total o parcial de esta obra sin el consentimiento expreso de los titulares del *copyright* está prohibida al amparo de la legislación vigente.

Ned Ediciones

www.nedediciones.com

*Para Mónica,
y los Hermanos Gutiérrez*

El hambre obliga al hombre a comer y la cárcel a trabajar para que no robe su comida. De modo que siempre hallaremos en el fondo un estómago vacío, base de todo esfuerzo. ¡Pero el hombre debe superarse a sí mismo y solo en él encontrar su propia salvación!

FRANCISCO COLOANE

Desde que nací conocí la necesidad, mi corazón descalzo se perdió en la ciudad. De mis suelas gastadas de tanto caminar, aprendí de la vida, la calle y su soledad.

ANA TIJOUX

CAPÍTULO I

La última canción

En la cima del promontorio dos hombres permanecen tendidos en la tierra, ocultos entre neneos y coirones. Observan con la templanza del cazador a sus presas, que, cuatrocientos metros más abajo, se mueven en la misma dirección que las nubes. El que sostiene el Winchester toma dos cartuchos de la bolsa de piel de guanaco que tiene a su lado. Los inserta en la cámara, pasa el martillo y apunta. Tiene el viento en contra, pero está acostumbrado a esa clase de retos. A esa distancia, podría incluso darle a un niño.

Karlo le recuerda que al niño no.

—No —murmura Lupo, sin apartar la vista del grupo que prosigue su marcha nómada hacia el este. Jamás le dispararía a un inocente, o al menos no en circunstancias normales. Si su vida se viera amenazada dispararía a quien fuera, pero han salido de caza y un grupo de indios como ese no reviste peligro. Ellos, ocultos por la geografía, silenciados por el viento, son el peligro.

Con el ojo inmóvil puesto en el corazón de la presa, aprieta el gatillo. La bala que sale del cañón atraviesa toda la extensión de aire que separa a los cazadores de los indios y rompe el tórax del que lidera la marcha. El segun-

do disparo golpea cuando la familia aún no reacciona y le vuela la pierna a la mujer que sostiene al niño.

—Te dije que al niño no —espeta Karlo.

—No le pegué al niño —se defiende Lupo, recargando el Winchester.

Los dos últimos disparos despedazan a un hombre y esparcen a los que quedan, todos en dirección a las colinas que se extienden hacia el oeste como animales dormidos. La imagen de los salvajes corriendo es satisfactoria, pero al mismo tiempo supone un problema: ya no volverán a hacer esa ruta, y ellos tendrán que moverse más al norte si quieren seguir cazando.

Se levantan del suelo y bajan trotando hasta el llano donde quedaron las cosas que los indios abandonaron. El niño llora; en la huida no alcanzaron a recogerlo.

—Tápalo con algo, pa que no se enfríe —dice Karlo, revisando los bártulos y los cuerpos—. Tehuelches —murmura, inclinándose sobre uno de ellos, sacando el filo de la vaina—. Tal como decías, chiquillo, eran tehuelches —anuncia subiendo la voz, y enseguida agarra la oreja de uno, la tira hasta que la ve ponerse blanca y, con la destreza madura en sus manos, la cercena de un corte. Limpia la hoja en la bombacha y echa la oreja en una bolsita de cuero que le cuelga del cuello.

Lupo toma una piel de guanaco, pero Karlo lo detiene:

—No, tápalo con otra cosa.

—¿Con qué cosa?

—Ve vos, ese cuero lo llevamos.

Lupo mira alrededor: lo único que hay aparte de charcos de sangre y tierra revuelta son cadáveres. De modo

que arrastra el de la mujer, al cual Karlo ya le arrancó ambas orejas, lo estira al lado del niño, que todavía llora, y le pasa el brazo por encima. La imagen es extrañamente tranquilizadora.

No hablan de la matanza esa noche junto al fuego. Sus zapatos y rostros se tiñen del naranja tembloroso que emana de la fogata. Alrededor están los trastos sucios de una cena rápida —carne de guanaco, embutido, un tacho de café vacío—, y los bultos en los que traen más abrigos. Detrás de ellos, los caballos descansan junto al carromato que compraron hace ya tanto tiempo y que, agitado por el viento, suena como el velamen de un barco.

Karlo saca un cigarro, chupa el papel, aprieta la punta y se lo entrega a Lupo. El muchacho lo enciende con el fierro que usa para remover las brasas. La primera calada siempre le sabe a tierra.

Las interacciones nocturnas entre ambos han sido así desde siempre. No se miran ni tampoco miran la oscuridad adyacente, el baldío inmenso del páramo. Solo atraviesan con pensamientos diurnos las soledades de la noche, los recuerdos que ambos acumulan de los casi diecisiete años que llevan juntos trashumando la Patagonia, desde Río Gallegos a Ushuaia, desde Puerto Natales a Punta Arenas. Esa memoria conjunta que, en total, es un solo silencio. Lupo tiene diecinueve. Karlo nunca ha revelado su edad, pero deben de ser cincuenta o sesenta. Su voz es ronca, como si arrastrara arena y piedras. Su cara luce grietas profundas.

Lupo mira la bolsa que le cuelga del cuello. Aquellos indios eran tehuelches y el precio que les darán será suficiente para pasar las siguientes dos semanas, mientras per-

siguen la huella de otras comunidades. Deberán pensar mejor su desplazamiento: en época de vientos es fácil perder los rastros.

—Vamos a tener que rumbear al norte, viejo —dice entonces, pasándole el cigarro encendido—. Hacia Pali Aike, a la frontera con Argentina —añade.

—Esa es tierra de Alberts y ese perro carroñero no nos gusta —contesta Karlo, soltando una nube de humo.

—Dicen que allá, además de cazar indios, se pueden cazar recompensas, usted sabe.

—Quiénes lo dicen.

—La misma gente de Menéndez, el chico Urquiza, lo conoce.

—Ese hijo de puta nunca ha matado a nadie.

Karlo preferiría cortarse la oreja antes de darle la razón a un hombre que nunca ha matado a otro hombre. En su vida, inspirada por la fantasía del darwinismo social, el orden de cosas a las cuales sobrevivir está consolidado en una lista: primero, la especie humana; segundo, la naturaleza, y tercero, la idea de Dios. Y, por lo tanto, también el orden de los suministros necesarios para eso: primero, la pistola; segundo, la astucia, y tercero, el conocimiento. El respeto, a su juicio, se gana en virtud de esas premisas. Vivir de otra manera es indigno, rastrero, incluso para un facineroso como él. Lupo, en cambio, incluso siendo su pupilo, solo conoce un instrumento: el rifle. Y solo un enemigo: el hambre. Todo lo demás es un río en el cual es posible entrar y salir las veces que se quiera, seco o empapado.

—Ya veremos —dice Lupo.

Se tiende sobre la piel de guanaco, apoya la cabeza en el Winchester y le pide a Karlo que le cuente una historia, la que sea, cualquiera de esas mentiras que lo ayudan a quedarse dormido.

—No, muchacho, hoy no.

—No sea jodido. Sílbese una canción, entonces.

—Estoy cansado —dice Karlo, apretándose el pecho con el puño cerrado—. Y encima con este viento del carajo.

—Qué le importa.

Karlo frunce el ceño y escupe a las llamas. Con el índice y el pulgar apaga el cigarro, y se lo guarda en la chaqueta. Acomodándose en el suelo, contrayendo los labios secos, comienza a silbar una melodía suave, cuya escala asciende, se quiebra hasta el silencio y vuelve a comenzar, transitando hacia otros caminos. Lupo sabe que improvisa. Cada noche, la melodía es distinta, y eso, en una ciénaga de sensibilidades, lo acerca a un sentimiento blando, líquido, que no tiene nombre. Los músculos pierden tensión. Un techo invisible los cubre y los protege. Los párpados le pesan.

La música se interrumpe de golpe. Karlo tose unos segundos.

—¿Está bien? —pregunta Lupo, incorporándose apenas.

Karlo asiente, carraspea dos veces, y dice:

—Esta es la última, muchacho.

—¿La última canción?

—No, no —se aclara la garganta—, me refiero a esto. Con la mano enguantada señala el páramo.

—Mañana no partimos ni a Pali Aike ni a Natales, ni a ningún norte —dice—. Me voy al Lago Blanco a arreglar la casa y a retirarme allá. Estoy viejo, pa mí esto se acabó.

No es desconcierto lo que transmite el rostro de Lupo, sino una extraña lucidez; como si de pronto viera a Karlo por primera vez en la vida.

Su voz suena pequeña cuando dice:

—No me está jodiendo.

—Qué voy a estarte jodiendo, cabro.

—¿Pero una casa, usted, que siempre ha vivido al descampado? —Lupo lo mira con sus ojos azules, lo único vivo en aquella cara lampiña, angulosa y sucia.

—No te voy a obligar a nada —dice Karlo, moviendo la cabeza de un lado a otro, apretándose nuevamente el pecho, como si la decisión le doliera—. Hace rato que vos te las arreglas solo. Vos y ese rifle tuyo.

Extendiendo la mano, Lupo le pide de vuelta el cigarro. Este lo saca de la chaqueta y se lo pasa. Lupo se sienta, toma el fierro, lo calienta en las brasas y quema el tabaco.

—¿Y qué vamos a hacer allá en el Lago Blanco? —pregunta, soltando el humo.

—Qué vas a hacer vos, será.

—Lo mismo que usted.

—Ya te dije yo que me voy a descansar.

—Usted se va a morir pa allá.

—De eso me cansé también: de escaparme de la muerte. Mejor que me encuentre en mi casa, seguro que te importa eso a vos.